

teca del Brasil y del Stock Exchange, sus acreedores actuales por más millones de pesos fuertes que los que vale todo el Paraguay.

Gran parte del oro destruído en esa guerra es del comercio inglés, que lo prestó a los aliados primero, al vencido cuando ya no tenía con qué pagar.

Para salir de la deuda creada por la guerra, ¿qué hace la América deudora?—Busca en la guerra los medios de pagar su deuda.

Como el particular fallido que ha perdido su capital y su crédito busca documentos olvidados en sus papeles en el tiempo de abundancia, para pleitear con ellos en busca de dinero, la América del Sud expurga sus archivos en busca de títulos territoriales, y hace de la historia colonial su mira de recursos financieros.

De ahí sus cuestiones de límites, que no son de límites, sino de países que están sin límites porque están sin habitantes, inconquistados en manos de los salvajes—sus habitantes y dueños primitivos.

Si en vez de estudiar la historia civil y administrativa de la América colonial, sus políticos modernos hubiesen estudiado su historia natural, es decir, el suelo que habitan y los elementos de riqueza de que son poseedores inconscientes, comprenderían que si la guerra es la causa que la empobrece y endeuda, la paz es la causa que puede enriquecerla y sacarla de la pobreza por sus artes favoritas, que son la industria y el comercio.

Es la *economía política* y no el *derecho de gentes* la que debe dictar las soluciones de los problemas de límites, que amenazan con nuevas guerras a los Estados empobrecidos e insolventes.

La economía les haría ver que hay casos en que más recibe el que más da, y que la riqueza ajena forma parte de la nuestra, porque es ajena cabalmente, como la nuestra forma parte de la ajena, porque es nuestra justamente.

Más gana nuestro país en riqueza y civilización con tener por vecino a un país extranjero, con tal que sea civilizado y rico, que no a un territorio nuestro cuando está desierto o habitado por salvajes, que no conocen la propiedad privada y viven del pillaje y del botín.

Enriquecer al vecino, dejar que el vecino se enriquezca, es servir a nuestra riqueza propia. Empobrecerlo, es empobrecernos nosotros mismos. La riqueza, como el aire, como la luz, no es de una nación, es de las naciones. La nacionalidad o individualidad de cada Estado, no excluye la solidaridad de su riqueza, que forma un solo patrimonio, en el goce del

cual continúan siendo un solo agregado vital y organizado con tantos órganos como Estados.

Para resolver los problemas de su constitución definitiva, el nuevo régimen en la América del Sud no debe pedir sus fallos a la historia de su viejo régimen colonial.

Gobiernos que nada tienen de históricos en su origen; que emanan, al contrario, de un cambio revolucionario contra su historia o pasado, no tienen más principio de conducta en sus nuevas poblaciones que la recta razón en que tuvo origen su determinación de formar un mundo independiente y gobernarlo por un moderno régimen libre.

No es la historia de nuestro régimen colonial español la que debe darnos reglas y fallos para resolver los problemas de nuestra vida moderna, americana y libre.

Hijos de la civilización y nacidos para ella, todas nuestras resoluciones deben inspirarse en sus necesidades, no en los vestigios de leyes que hemos demolido por absurdas.

“Souvenons-nous du passé, nous ferons bien; étudions-le, nous ferons mieux, a fin de bien comprendre toutes les conditions de la vie de nos ancêtres. Mais gardons-nous de demander à l'histoire, fût-elle récente, des procédés pour l'avenir. Nous entrons dans des arrangements nouveaux de la société: les problèmes se posent tout autrement qu'autrefois et appellent des solutions nouvelles.” (1)

Las necesidades fundamentales y dirigentes de nuestra civilización, son de carácter económico, como fueron de carácter antieconómico las de nuestro régimen colonial pasado.

“El grande objeto de la economía política (ha dicho el fundador de esta ciencia favorita de los países libres) es aumentar la riqueza y el poder del país, en cuanto el poder emana de la riqueza.”

Pero aumentar el suelo no es aumentar la riqueza ni el poder del país, según lo enseña la verdadera ciencia del poder y de la opulencia de las naciones, que es la ciencia de su riqueza.

Y si el suelo desierto, es decir, el suelo por sí solo, fuese la riqueza conquistada por la guerra, sería perder tanta riqueza como extensión de suelo conquistado, o mejor dicho, conquistar no la riqueza sino la miseria. El oro mismo, conquistado por la guerra, degenera en pobreza, como lo ha demostrado el reciente ejemplo de Alemania, que ha pagado con la crisis más desastrosa los cinco mil millones arrancados a la Francia por las armas.

Pero el suelo no es la riqueza, sino el hombre que lo pue-

(1) Courcelle Seneuil.

bla, trabaja y fecunda, en la ausencia del cual el suelo es imagen y teatro de la pobreza, por bien dotado que esté de fuerzas naturales. Su anexión a nuestro suelo en nada aumenta nuestra riqueza, al paso que poblado y civilizado nos hace ser más ricos, aunque el suelo y el pueblo sean de otras naciones, si está cerca del nuestro y cambia su riqueza con la nuestra.

Un suelo ocupado por salvajes es como un terreno cubierto de selvas: representa antes de ser útil una gran pérdida de fortuna en desnudarlo del obstáculo que lo hace inútil para la industria.

Tales son las condiciones de los territorios cuyo litigio amenaza envolver en nuevas guerras, orígenes de nuevas deudas, a los Estados insolventes de la América fallida.

La conquista del mejor de ellos representa dos guerras: una contra el pretendiente a su dominio absoluto y platónico; otra contra el poseedor real que es el indio salvaje. Cada una de esas guerras representa nuevas deudas de caudales que habrá que tomar prestados a intereses para llevarlas a cabo; y después de terminadas nuevos caudales para el vencedor que quiera tomarse el trabajo de poblarlos por las armas mismas con que hicieron su conquista, como hizo España con los territorios poblados de su raza en América, que dejaron de ser suyos así que perdió los medios de perpetuar su militar dominación.

Lo que han sacado el Paraguay y la República Argentina con torrentes de sangre y de oro vertidos en la conquista del Chaco, que sigue en manos de los indios salvajes, sería lo que obtendrían los que se disputasen con iguales sacrificios la conquista de la Patagonia, ocupada de hecho por sus más genuinos propietarios, que son los indígenas que no han cesado de habitarla y gobernarla.

Un economista alemán ha dicho que España dejó de conquistar esos territorios para que sirvieran, en posesión de los indios salvajes, de barreras preventivas de la unión que podía dar a las colonias el poder y la fuerza de emanciparse.

La barrera, en tal caso, habría servido por segunda vez para estorbar a la América independiente de encontrar en la unión de sus elementos de civilización el mejor medio de enriquecer y agrandar su poder continental, que su gran revolución de independencia tuvo por mira.

En inspiraciones y reglas de conducta buscadas en ese terreno de las necesidades de su civilización común, deben las repúblicas tomar las bases de sus arreglos territoriales, sin

disminuir sus brazos escasos ni sus capitales nacientes en guerras que lejos de servir para pagar sus deudas públicas, no servirán sino para agrandarlas tres o cuatro veces más.

La guerra, en efecto, sea cual fuese su forma, — guerra civil, revolución, guerra internacional, — significa siempre la pérdida de brazos y de capitales, es decir, la despoblación y la pobreza. Representa el consumo colosal y gigantesco de capitales que han costado años enteros de labor para crearse. La guerra, por gloriosa y honrosa que se pretenda, significa lo que es su condición y resultado inevitable: el empréstito, la emisión, la deuda, la crisis, la bancarrota y sus corolarios precisos — la disminución del trabajo, de la producción, del crédito, de la inmigración y población, de las entradas del tesoro, del valor de los fondos públicos, etc.

Las guerras que con más visos de verdad invocan el honor nacional por objeto, no dejan de tener por su resultado más seguro e infalible, el deshonor nacional del empréstito forzoso o fraudulento, de la deuda empobrecedora, de la insolvencia, de la bancarrota pública. Su resultado equivale siempre a la permuta o cambio de una vergüenza por otra, de una ignominia contestable por otra ignominia que no tiene razón ni excusa.

Y así como la guerra conduce infaliblemente a la crisis, a la pobreza y al deshonor de la bancarrota, rara vez la paz deja de conducir a la riqueza y al progreso en que reside la verdadera gloria de un país.

Los Estados Unidos, la Inglaterra, la Holanda, son países ricos porque el estado ordinario de su vida ha sido la paz. Las guerras que han sido la excepción de ese modo de existencia, son todo el origen y causa de sus deudas públicas.

Los que tanto invocan el ejemplo de los Estados Unidos, ¿por qué no lo imitan en el cuidado ejemplar con que preservan su paz interior y exterior?

A esa paz deben todos sus progresos, es decir, a las artes de la paz, que son por esencia el comercio, la industria, la ciencia, cuyo resultado es la riqueza, en que consiste su poder y grandeza. La riqueza es la que puebla, la que moraliza, la que da educación, bienestar, cultura, magnificencia y esplendor al país.

Es el verdadero camino y condición de su gloria más real y legítima, porque su origen y causa son las virtudes del trabajo, del ahorro, del juicio, del orden y probidad en la vida.

La riqueza, así ganada, representa mejor la gloria y el honor del país que todas las banderas y trofeos arrancados por las devastaciones sangrientas y salvajes de la guerra.

Y todas las banderas y los trofeos del mundo, no bastan

a cubrir la inmundicia situación de un país disipado, endeudado, insolvente, tramposo, quebrado.

§ V. — BUENA ADMINISTRACIÓN — POBLACIÓN — COMERCIO — PUERTOS — SEGURIDAD

Comprendo bien lo que dice el presidente Avellaneda en su discurso inaugural de la Exposición de Buenos Aires, sobre que las provincias todas de la República Argentina están preocupadas de intereses económicos y cruzadas en sus miras.

Pero ese hecho no es nuevo. Jamás, desde su emancipación de España, se han ocupado, agitado, movido los pueblos argentinos, por otra cosa que por intereses económicos. A eso está reducida en gran parte su revolución contra España. es decir, contra el pésimo régimen a que esa nación tenía sometidos los intereses económicos de los americanos, sus colonos de antes de ahora.

No ha tenido nunca otro objeto la guerra civil que por sesenta años ha dividido a los argentinos entre porteños y provincianos, unitarios y federales.

No es que la política, invariada siempre, no haya sido un motivo real de dirección en cierto sentido; pero el meollo, la razón de esa política ha sido siempre un interés económico más o menos latente.

¿Por qué asombrarse de ello? Para ocuparse de cosas económicas no necesita un pueblo haber leído a Adam Smith y J. B. Say.

¿Qué son los intereses económicos en último resultado? El pan, el vestido, la casa, la comodidad y el goce; es decir, el móvil del hombre en todos los estados de su existencia, así de barbarie como de civilización. El salvaje mismo no se ocupa sino de sus intereses económicos.

Se diría que esos intereses no son sino el complemento exterior y objetivo de la economía orgánica del hombre y del sujeto animado, no importa de qué especie. Vemos así que hasta las hormigas, las abejas y muchas especies de animales, la practican visiblemente, por el mero instinto de la vida.

La teoría de Malthus del progreso de las poblaciones subordinado a las subsistencias tiene su prueba y confirmación de cada instante en la aparición o desaparición de las hormigas, de las moscas, de los ratones, donde hay o no hay azúcar, pan, queso, etc., cosa de qué vivir. Sólo se ha necesitado estudiar friamente los hechos de nuestra historia para ver que la causa determinante de sus guerras y divisiones eran los intereses económicos de que subsisten el comercio, la navegación, las aduanas, las rentas, el tesoro público, es decir, el pan, el

vestido, la casa, a que se reduce todo el valor susceptible de cambiarse por esas cosas que el hombre necesita consumir para vivir, sea cual fuere su condición social y estado de cultura.

La ausencia de los nombres técnicos no excluye la presencia de las cosas, que los toma en edad más sazónada.

Todos mis escritos sobre política argentina son la prueba de esa persuasión que ha sido a su vez la de Florencio Varela y de Sarmiento.

Esas han sido las cuestiones argentinas, y esas serán hasta que se resuelvan más o menos.

Los intereses económicos nos gobiernan a todos y no tenemos otros legisladores soberanos. Su impulsión y corriente es más fuerte que toda autoridad, y la ley misma, que parece regirlos, es dictada por ellos. No hay en el país un solo habitante, desde el presidente hasta el último y más pobre campesino, que no deriven el pan, el vestido y la habitación de que viven del producto anual de las tierras y de la industria del país.

Todos derivan o sacan lo que les sirve para pagar su pan, su vestido y habitación de su trabajo. El trabajo de unos es pagado por el capital industrial, y el de otros por los réditos del erario público. Estos últimos forman esa clase de personas que, en cada provincia o sociedad argentina, se llaman gentes gobernantes o dirigentes, los cuales sacan sus medios de vivir del desempeño de los empleos públicos. Los otros, que son los más y forman lo común del pueblo, ganan el salario de su trabajo empleándolo en hacer producir al suelo las materias primas y en cambiarlas por las manufacturas importadas de suelo extranjero; es decir, empleándolo en la explotación del pastoreo, de la pequeña industria y del comercio interior y exterior.

Tanto unos como otros, es decir, tanto los empleados públicos como los honrados jornaleros y comerciantes, recogen más fruto de su trabajo a medida que se aumenta el producto anual del suelo y del trabajo del país, y que mejor se distribuye y divide ese producto entre todos proporcionalmente. Hasta el mendigo obtiene más limosnas cuando y donde la riqueza abunda; y abunda la riqueza donde florecen las industrias que la producen, en el Plata, verbigracia, que es el pastoreo, la agricultura y el comercio sobre todo, que surte al erario de que vive el empleado público y transforma las materias que produce el suelo en las manufacturas que el país compra a la Europa con la moneda de esas materias o productos nacionales—cueros, lanas, sebos, carnes, metales y otras cosas.

El comercio, según esto y las vías y conductos que sirven a sus cambios, como los puentes y ríos navegables, sus rentas, sus aduanas, sus tarifas, sus libertades, garantías y beneficios,

han sido el objeto natural de las discusiones y divisiones que han ocupado a la política interna de la Nación Argentina, desde que fué proclamada su independencia, es decir, su derecho soberano a legislarse a sí mismo en lo que interesa a sus recursos naturales de vida y de progreso. No podía tener un objeto más vital.

Los argentinos hubieran dado prueba de ser estúpidos si su política se hubiese ocupado de otra cosa que de los intereses materiales y económicos que sirven a su vida de pueblos civilizados.

¿Han recibido ya esos intereses el arreglo que buscan, de sesenta años a esta parte? ¿Lo han recibido en realidad y verdad, o sólo en formas aparentes que mantienen disimulado el antiguo desorden que dañaba a los unos en provecho de los otros?

La inquietud persistente de algunos pueblos y sobre todo su estado de miseria excepcional, no obstante sus ventajas naturales, sería tal vez la respuesta negativa dada a esas cuestiones.

El hecho es que ha llegado el día en que la política argentina debe admitir y proclamar en alto que no tiene intereses iguales en magnitud a los de la producción de la riqueza nacional; es decir, a la población y seguridad de sus campañas, a las libertades de su comercio, a la franquicia y mejora de sus puertos, de sus ríos navegables; al buen orden de sus rentas públicas y de sus finanzas, a la gestión juiciosa de su crédito público; en una palabra, a la dirección de la vida general del país en el sentido de su enriquecimiento y opulencia por medio de la paz, del trabajo, del ahorro inteligente y laborioso, de la dignidad y decoro del país, obtenido por el respeto de sus deberes de honor en el pago y devolución de lo ajeno; es decir, del capital y del trabajador venidos del extranjero en busca de los frutos y garantías ofrecidos por la Constitución.

Hacer de la Constitución una verdad de hecho es la gloria moderna de esos países, no ya la copia servil y ridícula de sus guerras pasadas, que ya lograron su objeto y que hoy no sirven sino para empobrecer, despoblar, corromper, embrutecer al país.

No más caudillos ni caudillaje, aunque sean letrados. Ni el caudillaje rústico de las campañas, ni el caudillaje letrado de las ciudades. Todo caudillo y todo caudillaje merece la aversión del país, porque representa un elemento estéril, improductivo, que vive de los réditos y emolumentos que se dan por el país, con el filo de su espada fratricida y sucia o sin honor.

Uno de los medios de prevenir las crisis o de atenuar sus

efectos en Sud América es prevenir los cambios desventajosos de la balanza de su comercio exterior, en que las crisis tienen origen.

¿Cómo? Asegurando y mejorando la producción de sus materias primas, con que compra a la Europa fabril los productos de sus fábricas. Si la mercancía exportada es de mala condición ó escasa e insuficiente, su exportación será menor; y el déficit que deje contra sí en el cambio internacional será cubierto con oro naturalmente, dando lugar a los inconvenientes que la ausencia de este medio circulante tiene en la moneda fiduciaria y en el crédito en general cuyas contracciones son la señal de las crisis.

La producción rural es insegura en el Plata por la veindad de los indios salvajes que viven de la guerra y del robo, y por las condiciones climatéricas del país y sus accidentes que a menudo contrarían las cosechas: las secas, verbigracia, las mortandades de animales.

Vale más asegurar y mejorar la producción de las materias cuya exportación forma el comercio exterior actual del país, que proteger una industria o producción fabril que no existe sino en la imaginación enferma de algunos políticos sin sentido práctico.

Los indios salvajes son los verdaderos enemigos de los más caros intereses que tiene el país. Esos enemigos habitan el territorio mismo del país sin que éste les lleve la guerra que ha preferido llevar al Paraguay y con que amenaza a Chile.

Pelear por límites desiertos con pueblos civilizados, cuando los pueblos salvajes están acampados en el corazón del suelo argentino, es cosa inconcebible.

Después de la guerra de la independencia no ha existido más que una causa justa y civilizada de guerra en el Plata: es la guerra contra los salvajes que devastan la riqueza con que el país compra los medios de hacer vida civilizada.

§ VI.—DOBLE INMIGRACIÓN NECESARIA: DE POBLACIÓN Y DE CAPITAL

Hacer el país, hacer la nación y el estado, es ante todo poblarlo. Pueblo y nación son sinónimos. Una tierra sin habitantes no es pueblo ni nación: es un despoblado.

La población nace de la población, es decir, de la reproducción y de la inmigración o agregación de poblaciones venidas de fuera.

El inmigrado extranjero viene atraído por el salario que le da pan, ropa, casa. Busca la vida.

¿Quién le paga ese salario?—El capital. Luego el capital es el poblador por excelencia en Sud América.

La cuestión de poblar viene a ser entonces: ¿cómo aumentar los capitales en el país?

“Los capitales, dice Adam Smith, aumentan por la economía más que por la industria.”

Así aumentan los capitales en Europa, pero en Sud América aumentan principalmente por la inmigración de capitales extranjeros, que vienen ya formados a unirse a los del país.

Sucede con el aumento del capital lo mismo que con el aumento de la población.

El capital que aumenta por la economía es como la población que aumenta por la reproducción. Ambas cosas no han aumentado, ni tienen otro medio de aumentar en Europa, sino por la reproducción o generación de sí mismos.

En América aumentan más brevemente porque aumentan por dos medios: por la reproducción y por la agregación o inmigración de poblaciones y de capitales extranjeros.

¿Qué busca el capital inmigrado en América? ¿Por qué aliciente es atraído? Lo que busca en todas partes: intereses, provechos o ganancias, aumentos. ¿Por qué los busca en América? Donde menos abunda el capital los intereses son más grandes, sus ganancias mayores. En los países ricos abundan los capitales y, por lo mismo, ganan menos interés.

Así, nuestra pobreza o falta de capitales es una garantía que nos asegura la inmigración de capitales procedentes de países que abundan en ellos.

No es que en América no sea como en Europa la economía un medio de aumentar el capital; lo que hay es que en América es un medio secundario, en comparación a la inmigración de capitales.

Además el ahorro es un arte, una ciencia, una educación, desconocidos todavía en Sud América, pues ahorrar no es guardar, escondido y ocioso, lo que nos sobra; ahorrar es gastar y consumir con la mira de reproducir lo gastado. Es trabajar, es especular, es emprender con lo sobrante para aumentarlo. Así, la economía y el ahorro se identifican con la industria misma, es decir, con el trabajo productor en pastoreo, agricultura, industria, comercio. Tal es el ahorro que aumenta el capital y la riqueza: el ahorro inteligente y activo que se confunde con la industria misma.

El ahorro en esa forma es industria demasiado adelantada para que exista al presente en Sud América. Es menester introducirla, como las demás industrias, por la inmigración de hombres formados en el arte de ahorrar y economizar activa y reproductivamente.

La costumbre, la práctica, la inteligencia de ese ahorro activo y fecundo, inmigra en Sud América con el capitalista y el trabajador europeos, es decir, asimilados a su persona y a sus hábitos.

Así se explica cómo la población aumentada por la inmigración es el gran medio de producir y aumentar la riqueza en Sud América.

La riqueza viene con los hombres y en los hombres que saben producirla y agrandarla por el trabajo y la economía inteligentes.

El capital extranjero inmigra en Sud América con esos trabajadores inmigrados como él y con él, los cuales son su ejército en campaña, para trabajar en el torneo de los intereses que busca.

El capital es esa parte activa y militante de la riqueza que se ocupa en reproducirse por la industria y el trabajo, de que forma parte el ahorro activo.

El capital no es el dinero, no es la plata ni el oro, como la mercancía no es el buque o el vagón en que va y viene. El dinero es el vehículo en que circula el capital. Es el buque o el vagón que lo transporta de donde sobra a donde falta.

La riqueza no va tras el dinero, es el dinero que va tras de la riqueza, que consiste en todo lo que tiene un valor porque es útil, es decir, capaz de satisfacer las necesidades del hombre. El dinero va y viene en busca de esas cosas; y si ellas lo buscan a él es para que lo cambie por otras cosas útiles. Esta es la utilidad del dinero. El dinero es un mueble, un instrumento de la riqueza, no la riqueza; un mueble indispensable como el coche, como el buque, pero mueble y nada más.

El capital no es, pues, el dinero; como la riqueza no es el dinero.

El capital reside en todo lo que constituye riqueza.

El capital, entonces, es la riqueza ya creada y acumulada.

Luego, decir que América necesita de capitales equivale a decir que necesita riqueza, como instrumento de riqueza: de riqueza ya formada para crear la por nacer.

En efecto, el primer origen e instrumento de la riqueza es la riqueza. “El dinero hace el dinero”, dice el refrán citado por Smith. Como la población es instrumento y causa de población.

Atraer capitales de Europa significa atraer riqueza de Europa para crear la riqueza del país, que sólo existe en gérmenes, es decir, en semillas, por decirlo así.

Lo que llamamos nuestra riqueza natural, la riqueza de

nuestro suelo, es el caudal de cosas que sirven para ser riqueza, después que reciban del trabajo humano un valor que les dé la capacidad de ser cambiados por otras cosas de valor cambiante igualmente.

Así, lo que falta en América es la riqueza de Europa, porque la riqueza de América está por crearse y existir. Esto significa la falta de capitales que la Constitución argentina manda llamar y atraer.

Se llama capital especialmente a la riqueza que consiste en dinero, porque el capital es esa clase de riqueza ocupada activamente en crear y producir otras riquezas; y lo que da a la riqueza llamada capital esa aptitud y capacidad es su disponibilidad.

Disponibilidad, es decir, capacidad de viajar, de moverse, de cambiar, de transformarse en otra riqueza, es decir, de prestarse por el que tiene capital al que no lo tiene, mediante un interés para emplearlo en crear más capital y devolverlo a su dueño después que lo haya creado para el que lo creó por su trabajo creador o productivo.

Esta es la forma favorita en que viaja el capital que busca ganancias grandes y rápidas con menos trabajo que el que costó su creación.

En esta forma le es más fácil elegir la colocación o empleo más productivo en el país extranjero que lo necesita. Pero no es la única forma.

El capital emigra y viaja convertido en dinero y en cosa que vale dinero.

En las dos formas se presta por el que lo tiene al que no lo tiene, para emplearlo en provecho de otros capitales por el trabajo industrial.

Pero la forma favorita y preferente en que se presta el capital es el dinero.

¿Cómo, en qué forma, de qué modo encuentra el capital emigrado en Sud América las ganancias que busca?

Los empleos y usos en que el capital se aplica para encontrar los provechos que busca son tan variados como las formas del trabajo productor.

De los cuatro modos conocidos en Europa es empleado un capital, a saber:

1°. En suplir a la sociedad del producto bruto de la tierra para su consumo.

2°. En manufacturar el producto, para hacerlo servir a los usos de la vida social.

3°. En transportar el producto bruto o manufacturado del lugar en que abunda al lugar en que falta.

4°. En dividir y detallar ambos productos para utilidad de los consumidores.

De estos cuatro modos de emplear el capital no todos son igualmente aplicables en Sud América, y ni sus aplicaciones son las mismas que en Europa.

Del primero de esos cuatro modos son empleados en Europa los capitales de los que emprenden la cultura, la mejora o la explotación del suelo.

En Sud América la cultura de la tierra no es objeto de empresas productivas, sino en mínima escala.

La tierra inculca es la gran fuente de la producción favorita del país, que es el ganado de todas especies, vacuno, caballar, ovino, o mejor dicho, lanar y cueros secos. Las carnes son malas por ahora.

La agricultura propiamente dicha no existe todavía sino en estado de dar a los capitales extranjeros una colocación productiva.

Esos productos brutos no son manufacturados en América, sino en Europa.

La industria manufacturera no da lugar a empleo de capitales en Sud América.

Su industria propiamente dicha, que es la *pequeña industria*, está reducida a lo que no puede suplirle ya manufacturado la industria de la Europa, a saber:—la construcción de edificios, de ferrocarriles, de telégrafos, canales, acueductos, puentes, muelles, puertos y todo aquello en que el capital se coloca como *capital fijo*.

El transporte del producto bruto del suelo de Sud América a Europa y el del producto manufacturado de Europa a América, es decir, el comercio exterior por mayor, es la principal y más productiva colocación del capital extranjero en Sud América. Puede decirse que de hecho forma su monopolio.

No así el comercio de detalle, que, como la industria rural, es la ocupación favorita de los nativos de la tierra.

En todos esos empleos del capital, la América del Sud ofrece grandes beneficios al extranjero rico que busca fáciles ganancias para acrecentar su capital. Esos beneficios evidentes bastan para estimular y determinar su inmigración en el suelo americano, con tal que la sociedad agregue este otro estímulo:—el de una *confianza bien fundada de que podrá gozar del fruto de sus esfuerzos*;— al cual debe la Europa, según Adam Smith, la extensión que han dado a la agricultura las instituciones de su moderno sistema de gobierno.

Esas formas se encierran en las tres divisiones conocidas de *agricultura, industria y comercio*.

En efecto, todo capital, como observa Adam Smith, puede ser empleado: 1°. en hacer producir al suelo el producto